

4/ MARZO de 1987

SIGNOS DE LA POESIA

REVISTA LITERARIA editada en Estocolmo, Suecia



**Con un
homenaje a
Gabriela Mistral**

SIGNOS

DE LA POESIA

Director **Eduardo Moretti**
Consejo de Redacción **Gabriel Barra**
Alejandro Fernández

SUMARIO

	3	<i>De la Revista</i>
	4, 5	Poemas <i>Hebert Abimorad</i>
6,		Canción de medianoche
6,		Brindis por el futuro <i>Camilo Ospina</i>
7,		Otro invierno <i>María Bergman</i>
8, 9,		Poemas <i>Alejandro Fernández</i>
10,		Intervención en el espacio temporal <i>Eduardo Moretti</i>
	12,	No salieron jamás
	13,	Andaluces de Jaén <i>Miguel Hernández</i>
15,		Sobre Juan Cameron <i>Adrián Santini</i>
	20, 21	Homenaje
	22,	Cómo escribo
24,		La cacería de Sandino <i>Gabriela Mistral</i>
	26,	Relación
	27,	El gigante <i>Harry Martinson</i>
	29,	Selma <i>Iván Teillier</i>
37,		Desde Bolivia <i>Jorge Campero</i>
38		Actualidades <i>/...</i>

DE LA

REVISTA

Nos encontramos a ras de tiempo enfilando nuevos pasos hacia las puertas exteriores del invierno sueco y de muchas otras estaciones. Satisfactoriamente sorprendidos de sabernos avanzando en el quehacer literario y cultural que hemos asumido. Tratándose de nuevas tentativas y propósitos, planteamos esfuerzos renovados por borrar las fronteras entre los escritores de dentro y fuera de Chile, de dentro y fuera de otros países. Estamos resueltos a convertir esta publicación en una tribuna de valores inéditos, sin olvidar los nombres legítimamente consagrados de nuestra lengua castellana.

El presente número contiene algo de todo eso: junto a textos poéticos de diversa factura, tiempo y lugar, acogemos muestras relevantes de la prosa de Gabriela Mistral, una vena profunda de su obra demasiadas veces entregada al olvido o la omisión intencionada. Sea ello un homenaje en los treinta años de la desaparición física de la Maestra de Elqui.

La dimensión lárca, los destellos de un mundo adánico perdido, el encuentro del hombre con las mínimas partes de su mundo, aparece en la prosa de Iván Teillier. Entre otros signos, completamos con un significativo estudio sobre la poesía de Juan Cameron, escrito por Adrián Santini.

Conscientes de nuestras limitaciones, mas esperanzados en estar impulsando el paulatino proceso de todas las semillas de germinación cierta, entregamos hoy estas páginas a nuestros amigos, por sobre cualquier distancia visible o subterránea.

HEBERT ABIMORAD, nació en Montevideo, Uruguay, en 1946. Reside actualmente en Gotemburgo, Suecia. Ha publicado *GOTEMBURGO AMOR Y DESTINO* (1982) *EN EL EXILIO* (1984, Cuentos en conjunto con otro dos escritores) y *GESTOS DISTANTES* (1985). La poesía de Hebert nos recuerda en mucho a los "tankas" japoneses; la brevedad de sus poemas esconde un profundo nivel de agudización en la observación y sentido poético. Presentamos algunos poemas inéditos de su próximo libro: *VOCES ECOS*.

A mi padre

Estarás en algún lugar
con tu imagen de
antepasados que no conocí
o quizás regresarás
discretamente.

Había magnificado
hasta las pequeñas cosas
que a mi llegada
casi no pude entrar
por la puerta.

El viento golpea
Mi cara desnuda/ Una y otra vez
Encojo mis hombros/ Frunzo mi boca
El viento golpea/ Una y otra vez
A la distancia/ Una brisa
Cálida y sonora/ Que se detiene
En el viento frío
Que golpea mi cara/ Una y otra vez.

Qué filosa estaba el hacha
cuando nos dividió
sin dejar astillas
dejó sólo partes
en una
traigo regalos
a familiares y amigos
en la otra
traigo regalos
a mis hijos
familiares y amigos.

CAMILO OSPINA, nació el 1953 en Bogotá, Colombia. Reside en París desde hace diez años. Con publicaciones en varias revistas, entre ellas, la Revista del COLECTIVO GUATEMALA EN PARIS.

BRINDIS POR EL FUTURO

Y vernos así,
en medio de tanto rojo y negro
crecido difícilmente
a la sombra
del sombrero
siempre será
algo más
que un lindo recuerdo...

CANCION DE MEDIANOCHE (EN MANAGUA)

Hay quienes son revolucionarios
por su sensibilidad
y los que son poetas
porque son revolucionarios.
En ellos está la esperanza,
qué carajos.

MARIA BERGMAN CORTES, nació en Valparaíso en 1953. Reside en Suecia desde 1974, actualmente, en un apacible pueblo de la Provincia de Dalarna. Ha publicado diversos trabajos sobre bilingüismo y cuentos en varias revistas. Ha escrito una novela, en sueco, aún sin publicar. Presentamos un poema inédito.

OTRO INVIERNO

Como fósiles estampados
en mi ventana
los cristales de hielo
dibujan figuras
inertes.
No conocía
este invierno
mi estación
terrena se vestía
de lluvias
de olas furiosas
azotando la playa
ya desnuda de gentes
puliendo las piedras
haciendo caracolas
como son hechos
estos cristales.
Aferrados a mi ventana
formando infinitas figuras
veo cilios
estrellas marinas
boca arriba
finos hilos y tentáculos
en mi ventana
sin lluvia, sin mar
solo un manto blanco
y unos cisnes
que huyendo hacia el sol
despluman sus colas
sobre la tierra.

ALEJANDRO FERNANDEZ, nació en Santiago en 1951. Poeta inédito.
Estudia Ciencias de la Literatura en la Universidad de Estocolmo.

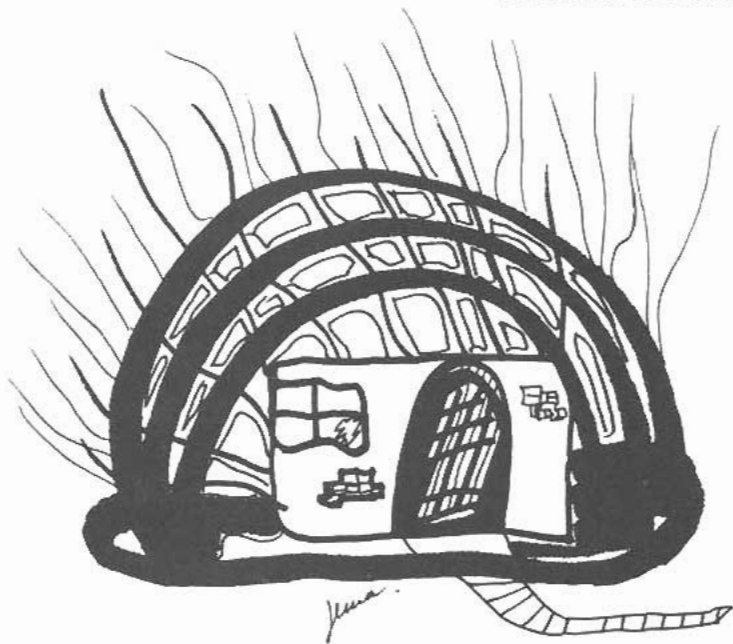
Una suave
pequeña y negra figura con albo batimento
sale, rompe, apresa y relaciona ruidos,
tiempos, penas... junta sus manos, las ahueca:
lleva sangre. Me transforma en una gota de leche
y caigo
en ese pequeño mar rojo. Ah, destino gaviota
con hambruna nerviosa ¿deseas verme
convertido en pez? Sin embargo la sombra toma
mi pánico y vamos a renacer tras el dormir
de sus flores.

UN MOMENTO BRILLA

Su máscara es el abismo
afiebrado. Devoradas son las moscas,
bajo soles cetrinos, por el subir
asfixia. Su lumbré realidad son semillas
osamentas donde la lluvia hace
brotar margaritas violetas con ojos brillantes.
Su fondo es un puente rojo y ríela
incansable al idilio sufriente
o unión entre cámaras por raíces
o miradas trenzas como hálitos ardientes
que batallan para enjaular
la felicidad en un momento inmensurable.

Intervención en el espacio temporal

Eduardo Moretti



ANTES de entrar definitivamente a esta habitación, siento por última vez cómo pululan en mis oídos negras mariposas sociales. Sé que al instante siguiente un beso caerá indiferente de mi boca, al tiempo que el ruido de la ciudad no cesará en tratar de ahogar con su fragor mis pasos por sus calles y sus nombres: he ahí las sacudidas de su cuerpo cotidiano. Dentro de poco será hora del verbo amar. Lo sé: hora de ayer y de mañana en el yo del todo-pasa, el tren como una flor amarilla, los pies como nieve a las ventanas, agua de letras, golpes de música hendidos en armarios, manos de vapor al espacio abierto: llamas que el corazón le prende a su propia nave.

Instintivamente vuelvo mi vista, pienso en los lobos que han sido fortuitamente rechazados, relegados involuntariamente al odio de no amar y no ser amados. Hay lobos flotantes en los cuentos de niños, soñando con el verbo doliente y, distantes del estaño a la flor, lloran amargamente endureciendo sus dormitorios, desesperan por tanto invierno alejados. Sobrevuelan entonces como luciérnagas heladas y metálicas, hasta que un día, con la rudimentaria lluvia, un extraño olor a destierro abandona sus cuartos. Me he detenido para volver la vista, pero un fuerte viento me obliga a seguir. Toda silueta perfilada en la terraza del mundo será arrasado casi siempre en otra dirección que la de sus propios ojos, hay una celeridad mal disimulada en el transcurso de las cosas. Apura distinguir en los golpes de la niebla a los personajes centelleando disfrazados en esta danza de carne y de fantasmas, en sus trajes se refleja a pleno ojo la vaciedad. Queda en la penumbra, donde la pupila echó morada, el lugar desde donde los verdaderos rostros irrumpen como pájaros. Hay una tan extraña relación entre amor y juego desvaneciéndose en el aire, que me urge saber de estas cosas antes de entrar definitivamente a mi habitación, porque, después de todo, ésta cohabita en uno de los costados del cuerpo civilizado. "Se arrienda habitación con excelente vista al mundo", se anuncia. Ahora mismo cruza por mi sombra una bocanada de aire fresco y humano. Y esos pasos regulares que escucháis cada mañana sonando a un "a dónde van..., a dónde van", tienen plena fuerza para llamarse temerarios y distintos. El propio puente de la vida entra al camino de la eternidad, luego se encoge hasta desaparecer de vista, sin que nadie más entre por su puerta. ¡Ay!, ¿por qué no amar entonces este beso de libertad que se va cayendo con mis pasos? Tan sencillamente semejantes a otros pero tan diferentes. El cuarto espera con su nebulosa ardiendo pacientemente y exhala un aire caliente y delicado. Atisbo hacia adentro y veo las huellas que dejé el día anterior: ahora son bautizadas con otro nombre, letras tiradas al azar han configurado curiosamente una derivación de mi nombre. En fin, quedo así a punto de sacarme este tibio traje de hombre para hacer el amor y otear hacia adelante. Yo a mi cuarto, a esta habitación envuelta en invitante penumbra, traigo la mañana como a una novia dormida en mis brazos, para violentarla muy antes de tiempo, ante el espacio que rodea los ojos y que calla como testigo nocturno, simulando una ajena distancia a los ruidos del alba que salen chocando por los muros de tempranas respiraciones.

MIGUEL HERNANDEZ, nació en Orihuela (España) en 1910, donde desempeñó, entre otros oficios, el de pastor de cabras. En 1934 se traslada a Madrid. El intenso acento de combatividad social y la expresión del amor como fuerza avasalladora y excluyente son rasgos cardinales en su poesía. Publicó sucesivamente "Perito en Lunas" (1932), "El rayo que no cesa" (1936) y "Vientos del Pueblo" (1937). Luchó en defensa de la República, muriendo en la cárcel franquista de Alicante en 1942.

NO SALIERON JAMAS

No salieron jamás
del vergel del abrazo,
y ante el rojo rosal
de los besos rodaron.

Huracanes quisieron
con rencor separarlos.
Y las hachas tajantes.
Y los rígidos rayos.

Aumentaron la tierra
de las pálidas manos.
Precipicios midieron
por el viento impulsados
entre bocas desechas.
Recorrieron naufragios
cada vez más profundos
en sus cuerpos, sus brazos.
Perseguidos, hundidos
por un gran desamparo
de recuerdos y lunas,
de noviembrés y marzos,
aventados se vieron:
pero siempre abrazados.

ANDALUCES DE JAÉN

Andaluces de Jaén
aceituneros altivos,
decidme en el alma ¿quién?
¿Quién levantó los olivos?
Andaluces de Jaén.
Andaluces de Jaén.

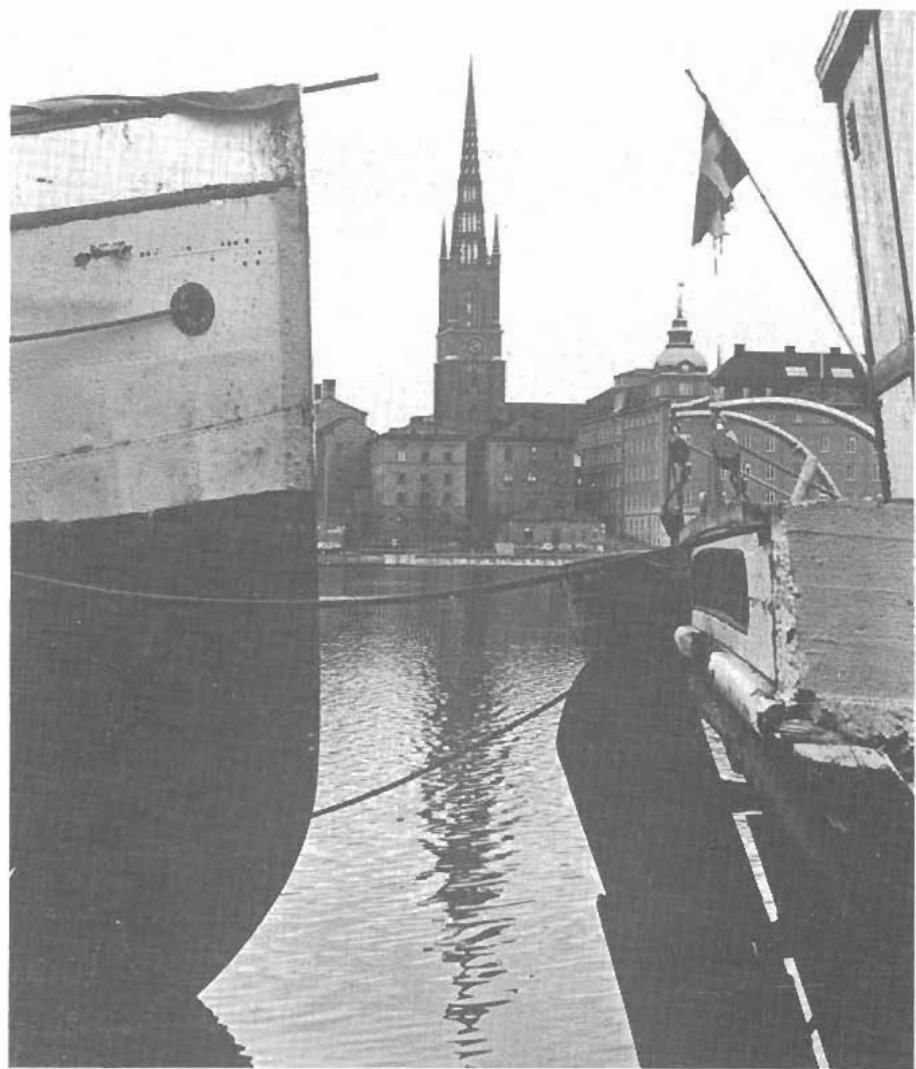
No los levantó la nada
ni el dinero, ni el Señor,
sino la tierra callada
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.
Andaluces de Jaén.

Andaluces de Jaén.
Aceituneros altivos.
decidme en el alma ¿de quién?
¿de quién son estos olivos?
Andaluces de Jaén.
Andaluces de Jaén.

¡Cuántos siglos de aceitunas,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Jaén, levántate, brava,
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.
Andaluces de Jaén.



Sobre Juan Cameron...

Adrián Santini

DESDE CHILE nos llega un poemario de **Juan Cameron** con un título, aparte de sugestivo, bastante original: "&", Ediciones del Café, Viña del Mar, 1984.

Doce poemas, a través de los cuales el poeta viaja buscando, una vez más, lo láríco, el lugar de origen, la identidad. Curioso es, y hay que señalarlo por eso, el poemario comienza con un poema titulado "Piedra", a nuestro modo de ver, el más largo, y se cierra con el más corto: "Paloma". Creemos ver en estos dos extremos un juego de ingenio: la piedra desde su forma estática apela a la mecánica de rodar y lo hará largamente, con todo su peso y disimilitud para dar al lenguaje el sonsonete golpeado de la caída, del movimiento provocado; mediante preguntas que el poeta no tiene ánimo de responderse irá, pues, haciendo rodar la piedra del desánimo impuesto por *la circunstancia*, y en medio de la debacle que lo despoja a diario asume la denuncia de otras voces que condenadas al devenir convergen hacia el desgaste, o parafraseando al poeta, hacia *"la huella sin registro"*: *"De cuál patria me hablan de qué piedra/ De cuál suelo heredado o conquistado/ para enterrar el surco el puño el instrumento?/ De cuál nombre o liturgia frente a frente/ frente al río de piedra que cayendo/ aplasta la palabra?/* En el poema final "Paloma" tal vez se encuentre, en parte, respuesta a estas preguntas, cuestión que se presenta como una proposición casi imperativa: *"Cúidate en el gesto de tu cuerpo"/ [...]/ Guarda la oblicua vista para el torvo"/* ¿es acaso una advertencia para preservar el vuelo? En efecto: "Paloma" tiene un diseño intencionadamente liviano (7 versos) para sugerir aquello, pero también nuestra paloma es ataviada del recelo necesario para la sobrevivencia.

En "Chao", lo confirmamos cuando el poeta se rebela contra la muerte, aquí no hay ni invitaciones ni evocaciones baudelaireanas, a pesar de que se maneja el tema con la misma familiaridad de éste. Terminantemente se nos dice: *"No me pregunten por ella/ la he dejado"/*, pero no sólo se distancia físicamente sino que va más allá: la desaloja- *"Vendí sus muebles me gasté el dinero/ [...] /La muerte para mí no era partido."/*

En "Cachorro" y "Fe de ratas", tenemos dos poemas publicados ya en 1977 en "Perro de Circo", (obra que a Cameron le otorgara el **Premio Nacional de Poesía "Rudyard Kipling"**, 1978) y que sin dejar el tono anterior, lo enriquecen agregando una cuota bastante subida de humorismo, cosa que caracteriza en cierta medida al poemario entero. Tomemos "Cachorro" y destaquemos en el tercer verso un recurso poco usual en la poesía moderna: la plurimembración: *"Perdonad el pelaje descastado/ este brillo es de tanto restregarme/ de la baba la rabia la patada"/* Durante el Renacimiento Italiano, las plurimembraciones fueron muy difundidas por Petrarca. El uso común era al final de una estrofa, posición mantenida incluso por los poetas del Renacimiento Español, cuando Juan Ramón de Boscán y Garcilaso introducen este recurso en España. Olvidado casi por completo a través de los años, la generación del 27 con Salinas y Aleixandre, lo desentierran y lo incorporan a sus producciones. (Dámaso Alonso ha realizado exhaustivos estudios acerca del tema, de los que recomendamos: "Versos Plurimembres y Poemas Correlativos", Madrid, 1944, y del mismo autor en colaboración con Carlos Bousoño: "Seis Calas en la Expresión Literaria Española", Madrid, 1944)

En el tercer verso de "Cachorro", tenemos una trimembración nominal, al componerse de tres sustantivos con sus correspondientes artículos, además elide en los dos miembros últimos: *"la rabia la patada"* el genitivo del primero: de la baba... quedando rota, así, la simetría del verso por la elisión.

En "Los despechados", vemos otra plurimembración, también nominal al estar compuesta por cuatro adjetivos sustantivados de la primera estrofa: *"por toda la república se les hielan las piernas/ las malignas las naufragas las palurdas las ciegas"/*, y en la segunda estrofa una alusión indirecta a Lewis Carrol: *"Porque ya no nos aman con el furor de antaño/ ensuciamos las ropas militando en el vino/ nos vamos arrugando como gatos en acecho/ de una Alicia cualquiera"/*.

En “Efemérides”, el poeta canta a coro con Esteban Manuel de Villegas (1585–1669), autor de “Oda Sáfica” que inspira a Nicanor Parra en su “Defensa de Violeta Parra” y naturalmente con la griega Safo de donde viene el nombre de la estrofa. Nos encontramos aquí con una estrofa sáfica imperfecta (ya que no se mantiene métricamente), pero que se entrega deleitosamente al oído; quienquiera puede ver en ella la cadencia de la estrofa sáfica. El homenaje es a Lucho Gatica, conocido cantante de boleros, latinoamericano.

Comparemos la estrofa sáfica de Safo y de Esteban Manuel de Villegas con una de las estrofas de “Efemérides”:

de “A Venus”, de Safo:

*Ellas del cielo por el éter vago
raudas llegaban a la tierra oscura
y tú, bañando tu inmortal semblante
dulce sonrisa.*

de “Oda Sáfica”, de Villegas:

*Filis un tiempo por mi dolor sabía;
filis un tiempo mi dolor lloraba;
quísome un tiempo, mas agora temo,
temo sus iras.*

de “Efemérides” (segunda estrofa):

*Por tu plaza señera a la vitrola
por las horas precoces a la cita
por mi infancia bañada en Coca-Cola
Lucho Gatica.*

Observemos cómo se rompe la mecánica de la métrica para hacer correr el verso hacia la esperpentización, en los siguientes versos: “Por las alturas de este Pancho/ por tu voz que a Salinas glorifica/ por tus pies de galán trote de chanco/ Lucho Gatica”/

“Pancho” es la denominación popular al puerto de Valparaíso, ciudad natal del poeta y, “trote de chanco” sobrenombre despectivo al corrido mejicano, baile de mucho arrastre en las zonas rurales. La ironía encerrada en este último apelativo conlleva un rasgo anfibiológico que llamaremos “sarcasmo” por el efecto burlesco producido en el verso. El poema de principio a fin mantiene su carga festiva, y atiéndase al resultado producido por la ironía, al cerrarse la última estrofa con la invocación del mismo apelativo: *“Por las alturas de este Pancho/ por los años que di a una estereotipa/ te compongo estas rimas Luis Gatica/ nacionales heroicas & precisas/ ¡Trote de chanco!”*

En “Subway”, se vuelve al tono inicial que veíamos en “Piedra”. El poeta establece un diálogo con su padre, quien presumiblemente representa al lector mismo; el tono es íntimo, un tanto amargo. Esta última característica hace de este poema el de más carga emocional: *“Padre no leas a Shakespeare/ hay estatuas en el metro la Pietá/ sostiene los huesos del suicida/ Esta telenovela no es Hamlet/ ni mis somnolientos pasos/ tremolan la Venus metropolitana”*. Con este fragmento de la primera estrofa se prepara la intensificación del diálogo con referencias al tiempo en el primer verso de la segunda estrofa: *“Padre es tarde en Chile”*, idea que se reiterará en el quinto verso de la misma estrofa, y en el 9 y 10 de la última. El caos está pintado mediante una representación de un cierto “ocaso” que oprime por su anacronía. Los ángeles cobran estado público sólo al final del camino del hombre: *“la lluvia cruza el mundo como fantasma/ ...los ángeles/tronan las trompetas en los túneles/ ...del ocaso es tarde es tarde/...demasiadas bajas en la tierra de nadie”*, lo particular en este camino irreversible es el despojo progresivo de todo. Así, lo existente es señalado como “subterráneo” (verso 3, IV estrofa), cuestión que con mucho acierto podría traducirse como “clandestino” (para hacer honores a la contingencia) y cuando los mismos ángeles son señalados: *“liberados de pájaros y flores”*, no pecaríamos si corroboramos en este punto la idea del despojo, arriba propuesta. Ellos, (seguimos con los ángeles) esperan *“la daga celestial”*; aquí hay ecos del primer libro bíblico, Génesis (cap. 8:8–12) sobre todo en los versos que siguen donde se manifiesta el deseo del cese de la catástrofe diluviana y se espera a *“la paloma descendida a la tierra precaria”*, como nos lo apuntan los versos 3, 4, y 5 de la IV estrofa. Adviértase el empleo de la sustantivación del adjetivo “oscuro”, para explicar, aún más, la idea del caos en la tierra; esta vie-

ja tendencia de sustantivar adjetivos es una notoriedad en algunos poetas jóvenes, en Chile (otro ejemplo de sustantivación lo señalábamos cuando indicábamos la plurimembración en el último verso de la primera estrofa, en el poema "Los Despechados").

Cifrado en la esperanza, el poeta se refiere a otros que han indicado un mundo "más arriba" y en los ojos del padre ansía alcanzarlo. Aparece entonces aquí, una muerte que se intuye y una mano que acomodará párpados; de allí el intento incapaz de reprimirse, cuando se quiera aprovechar ese último brillo, para mediante los ojos del padre viajar hasta: *"la sal del aire"*, símbolo de lo permanente e incorruptible: *"arriba hay un mundo dicen/ padre alza tu vista/ súbeme en tus párpados.../ es tarde en Chile/ quiero sal del aire--/ /--no leas a Shakespeare/ Es mía la calavera sobre tu mano/ & el último tren atraviesa tus ojos"*.

Juan Cameron pertenece junto a Juan Luis Martínez, Raúl Zurita y otros, a un grupo de poetas que debutan al final de la década de los años sesenta. Nació en Valparaíso en 1947. Ha publicado los siguientes libros: "Las Manos Enlazadas" (1971), "Una Vieja Joven Muerte" (1972), "Pe-ro de Circo" (1979).

ADRIAN SANTINI, nació en La Serena (Chile) en 1950. Estudió Historia de la Literatura en la Universidad de Estocolmo, ciudad en la que está radicado desde 1974. Con anterioridad ha publicado: *Después del Centauro* (1978), *Oficio y Testimonio* (1979), *Las Bienaventuranzas* (1981) y *Aproximaciones* (1983). Junto a otros escritores chilenos participa en el grupo TALLER de Estocolmo.



Gabriela Mistral PREMIO NOBEL 1945

Aunque menos conocida que su lírica, la prosa de Gabriela Mistral no sólo es interesante por su calidad expresiva, sino que también porque, a pesar del paso del tiempo, mantiene una notable vigencia. Nos muestra una importante faceta de la maestra y poetisa que "vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano/ ¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!", en la cual se plantea con valentía y claridad su postura intelectual a la par que artística. El pensamiento crítico de Gabriela se adelanta en unas cuantas décadas al que después, en mayor o menor medida, con diversos matices ideológicos, asumirían casi el conjunto de los escritores de nuestra América. No hay que olvidar su histórica defensa a César Augusto Sandino, en 1928. No hay que olvidar, como bien lo han reconocido los estudiosos de José Martí, que fue Gabriela Mistral la primera en rescatar al prócer cubano del injusto olvido en que se encontraba. Ni menos olvidar esa poderosa voz de mujer que, ante la Asamblea General de Las Naciones Unidas en 1955, reclama la implantación de los Derechos Humanos en todos los países de la tierra.

Muchas páginas exigiría valorar la obra de Gabriela Mistral, repitamos a modo de síntesis estas palabras de Federico de Onís: "Las fuentes de su arte literario, demasiado próximas y visibles, son indiferentes ante la magnitud e intensidad de su pasión, que encuentra siempre, a través de no se sabe qué esfuerzos recónditos, la justeza de la expresión en las palabras de sabor más íntimo y universal de la lengua castellana."

A continuación ofreceremos dos textos de la escritora chilena: uno, sobre su oficio poético, otro, el ya mencionado sobre Sandino.

Sea este, también, nuestro homenaje al cumplirse el presente año el treinta aniversario de su muerte.

COMO ESCRIBO

Por Gabriela Mistral

Las mujeres no escribimos solemnemente como Buffon, que se ponía para el trance su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con toda solemnidad a su mesa de caoba.

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos...

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante cólerico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa... He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba don Miguel el vasco, la lengua conversacional.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona hartó desordenada. El orden parece regalarme *espacio* y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me confunden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma; pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre; me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un regazo, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulta amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí y no me pongáis vosotras a averiguar más...

Recogido por José Pereira Rodríguez en el libro "Páginas en Prosa", Gabriela Mistral. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, segunda edición, 1965. La siguiente nota acompaña al texto: "En una tarde de verano de 1938, durante los Cursos Sudamericanos de Vacaciones que se celebraban en Montevideo, se reunieron en el patio de la Universidad, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral, para contar cómo escribían sus versos".

LA CACERIA DE SANDINO*

Gabriela Mistral

MISTER Hoover ha declarado a Sandino "fuera de la ley". Ignorando eso que llaman derecho internacional, se entiende, sin embargo, que los Estados Unidos hablan del territorio nicaragüense como del propio, porque no se comprende la declaración sino como lanzada sobre uno de sus ciudadanos: "Fuera de la ley norteamericana".

Los desgraciados políticos nicaragüenses, cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extraño y del despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

La frase cocedora de Mr. Hoover suena a ese Halalí de las grandes cárceles, cuando sobre la presa que ha asomado el bulto en un claro del bosque, el cuerno llamador arroja a la jauría. Es numerosa la jauría esta vez hasta ser fantástica: sobre unas lomas caerán cinco mil hombres y decenas de aeroplanos. También equivale la frase a la otra de uso primitivo: "Tantos miles de pesos por tal cabeza", usada en toda tierra por los hombres de presa.

Lástima grande que la cabeza enlodada del herrero que la prensa yanqui llama bandido sea, por rara ocurrencia, una cabeza a la cual sigue anhelante el continente donde vive toda su raza y una pieza que desde Europa llaman de héroe nato y de criatura providencial los que saben nombrar bien.

El herrero se parece más a Hércules que al Platón infernal que ve Mr. Hoover. Enlodado corre por las cuchillas, a causa de los pantanos en que ha de escurrirse como la culebra; carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías malignas de los semanarios neoyorquinos porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales; y su defensa toma aspecto de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de la sangre.

Desde los años de 1810, o sea desde el aluvión guerrero que bajó de México y Caracas hasta Chile, rompiéndolo todo para salvar una sola cosa, no habíamos vivido con nuestra expectación un trance semejante.

Mr. Hoover, mal informado a pesar de sus veintiún embajadas, no sabe que el hombrecito Sandino, moruno, plebeyo e infeliz, ha tomado como un garfio la admiración de su raza, excepto uno que otro traidorzuelo o alma seca del Sur. Si lo supiese, a pesar de la impermeabilidad a la opinión pública de la Casa Blanca (la palabra es de un periodista yanqui) se pondría a voltear esta pieza de fragua y de pelotón militar, tan parecida a los Páez, a los Artigas y a los Carreras, se volvería, a lo menos, caviloso y pararía la segunda movilización.

El guerrillero no es el mineral simple que él ve y que le parece un bandido químicamente puro; no es un pasmo militar a lo Pancho Villa, congestionado de ganas de matar, borracho de fechoría afortunada y cortador de cabezas a lo cuento de Salgari.

Ha convencido desde la prensa francesa y el aprecio español hasta el último escritor sudamericano que suele leer, temblándole el pulso, el cable que le informa de que su Sandino sigue vivo.

Tal vez caiga ahora esa cabeza sin peinar que trae locas las cabezas acepilladas de los marinos ocupantes; tal vez sea esta ocasión la última en el millar de las jugadas y perdidas por el invasor. Ya no se trata de una búsqueda sino de una cacería, como decimos.

Pero los marinos de Mr. Hoover van a recoger en sus manos un trofeo en el que casi todos los del Sur veremos nuestra sangre y sentiremos el choque del amputado que ve caer su muñón. Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte que no hemos dicho nunca hasta ahora, a pesar de Santo Domingo y de Haití: "Malaventurados sean".

Porque la identificación ya comienza y a la muerte de Sandino se hará de un golpe quedándose en el bloque. El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Carreras y nuestro Artigas. La faena será igual; el trance es el mismo.

Nos hará vivir Mr. Hoover, eso sí, una sensación de unidad continental no probada ni en 1810 por la guerra de la independencia, porque ese héroe no es local, aunque se muera en un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial. Mr. Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del Continente en la muerte de Augusto Sandino.

New York, 1931.

* Fuente: Del libro LATINOAMERICA AL ALCANCE DE TODOS, de Carlos Bongcam. Editado por CELA, Box 4058, 163 04 Spanga, Suecia.

HARRY MARTINSON, nació en Jämshög (sur de Suecia) en 1904. In-fatigable viajero, en su poesía conviven expresiones de diversas latitudes con delicadas descripciones líricas del paisaje sueco y resonancias de sabiduría oriental.

Premio Nóbel de Literatura 1974, "por una poesía que refleja la totalidad del Universo en una gota de rocío".

Obras: *EL BARCO FANTASMA* (1929), *NOMADA* (1931), *VIENTOS ALISIOS* (1945), *LAS HIERBAS DE THULE* (1958) y muchas otras. Falleció en 1978.

RELACION

Entre la poesía que vive en tu corazón y la
amapola existe un contrato
escrito por el viento y firmado por la destrucción.
Está escrito con una pluma de grulla
mojada en sangre de libélulas.
Para ambos el problema consiste
en saber cómo burlar con astucia a la vida
para que dé su fragancia en las palabras y así
éstas
puedan parir sueños sólidos.
Sí, los sueños tienen que construirse más firmes
que las ciudades
y diariamente deben ser remendados
y reparados tras los ataques cotidianos y corrosivos
del diente de la utilidad
que es peor que el diente del tiempo.

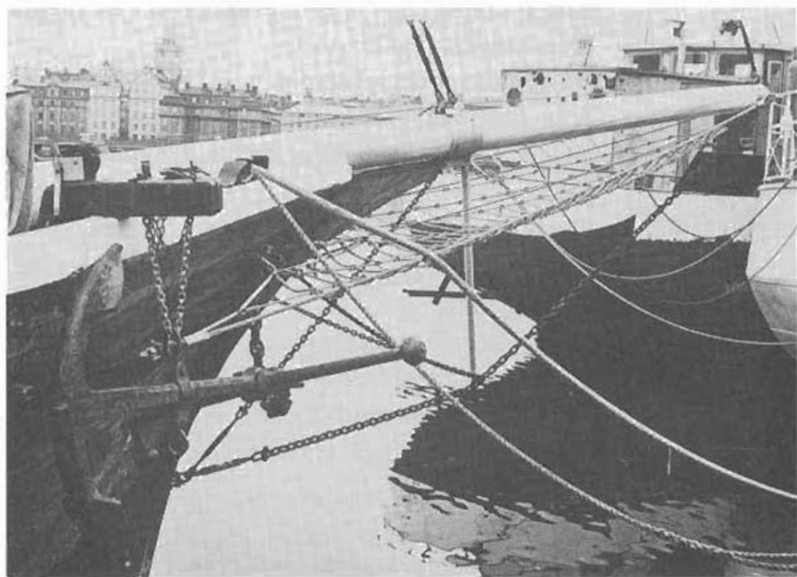
Versión española: *Francisco Uriz*

EL GIGANTE

Está sentado en la puerta prehistórica de piedra
escarbándose los dientes.
Ha comido seres humanos.
A su alrededor están sentados sus enanitos.
Hay una miríada de ellos en los escalones
pero la mayoría de ellos los tiene ya en su estómago.
Se golpea el estómago y declara la guerra.
Se acaricia el estómago y ofrece la paz, ya está
saciado.

En torno a él vuelan pájaros,
son sus águilas de ataque, sus buitres de observación.
Considera a una ciudad como filete o como carroña.
Cuando una ciudad está tierna la coge.

El habla sobre el futuro.
Será fantástico, fuerte y poderoso.
Irá creciendo y construirá grandes ciudades.
Cada una de esas ciudades se irá poniendo tierna
con el tiempo,
un tierno filete para su hijo.



Selma

IVAN TEILLIER

ABRI la puerta de par en par. Aspiré con ansiedad el aire que renovaría el de mi estrecho cuarto, aire nacido entre las colinas y el río, cuya turbia cinta serpenteante diviso cada mañana.

Recordé que era sábado y bien podría ocupar la tarde en dedicarme a algo menos fastidioso que copiar escrituras en la notaría de don Ignacio.

La casa de René está situada en la cuesta que termina en el camposanto. Existen en aquella cima diminuta soledad y silencio que mucho convienen a mi amigo que ha elegido esta suerte de vida ermitaña, refugiándose en el promontorio visible desde cualquier lugar del caserío, aun desde el puente de cimbra que atraviesa cada día, al rayar el alba y hasta el anochecer, una caravana colorida y desordenada de carretas campesinas.

Es fácil llegar a esa casa, cuya singularidad consiste en haber sido levantada metro a metro por sus propios dueños —los abuelos de René, hará unos cincuenta años— en base a piedra y madera, por lo que es conocida por todo el mundo como “la casa de piedra”, maciza y erguida construcción, dotada de amplia puerta y tres ventanas rectangulares, pintados sus muros de blanco y azul, coronándola el tejado de zinc rojo.

Cerré la ventana con cautela. No vaya, pensé, a oírme Selma, pues querrá acompañarme en mi excursión llevando consigo, por supuesto, a su gato hallado por ella en alguna de sus correrías vespertinas a través de las callejuelas que convergen en el río, sabiendo que me desagradan los felinos, vengan de donde vinieren, aun cuando a éste creo ser capaz de soportarlo si se limitara a ronronear convulso y entre bostezos, estirado junto a la salamandra; o dar vueltas interminables, encrespando su cola grisácea, por la desvencijada y profunda galería, pero no ocurrirá así, estoy seguro.

Selma es pequeña, bordea quizá los nueve años, aunque a ciencia cierta su edad me parece francamente indefinible. Sus rasgos severos contrastan con la gracia infantil de sus movimientos y una sonrisa cantarina muy suya, todavía más cuando viene a sentarse a la mesa puesta del comedor y mira con gesto agrio de damisela victoriana el plato de sopa, despreocupada de los escarceos del gato entre sus piernas y de la conversación insulsa de su madre y del único huésped de la casa.

Anoche la sorprendí persiguiendo al gato que había robado un ovillo de lana a doña Gertrudis.

—¿Cuándo irás a clases, Selma?— indagué repantigado en el sillón.

—Me carga la escuela, señor Blondel y creo que no es la primera vez que lo digo— replicó apretando contra el pecho el ovillo recuperado.

Doña Gertrudis la contemplaba con el suéter granate inconcluso en su regazo, muerta ya de sueño: —Por favor, niña, ¿quieres llevar el tejido a mi pieza?

Ella ha tenido siempre la convicción de que es inútil empeñarse en obligar a su hija a realizar algo, hasta lo más nimio: barrer la extensa galería, por ejemplo; encender un fuego digno en la chimenea del living o cuidar del pan amasado horneándose en la cocina económica, a leña.

—Esta chicueta salió parecida a su padre en todo— me señaló entonces. —Selma subía los escalones con desgano, mirándonos de través. La madre alejó una lámpara de pie que molestaba sus ojos y continuó—: Ismael fue un burro de chico. Y bastante inquieto también... A pesar de sus promesas, desde su última salida, hemos recibido apenas dos tarjetas. Un par de saludos despachados de un puerto del Medio Oriente. Antes las enviaba a menudo. Era un gusto irlas juntando. Un año llegué a contar más de treinta que fui alineando en la repisa de la chimenea para la Pascua.

—¿A él le gustaría que Selma le enviara una carta, verdad?

—Mucho. Y la niña puede escribirle cuando quiera. Me tinka que ya garabatea su nombre por lo menos. ¿No lo ha visto pintado con tiza en la galería? A tres colores. Es su letra, sus palotes... Y escribir el nombre es lo primero que enseña la señorita Suárez en la escuela. En cuanto a leer, no tengo idea si delettrará algo. Ha ido tan poco a la escuela esta criatura.

—Sabe un poco de todo.

—¿Está seguro? Odia estudiar por obligación, pero de algún modo la convenceré de que vaya a clases este año.

Recordé que una tarde de febrero, mientras repasaba el periódico que había hojeado de prisa al desayuno, Selma, a mis espaldas, farfulló echándome su aliento agridulzón en el rostro: —¿Qué significa “ultramar”, señor Blondel?

Separé de un papirotazo su dedo índice del renglón impreso y enfren-té sus encolerizados ojos: —Algo así como estar al otro lado del mar —le contesté—. El caso de tu papá respecto a nosotros.

—¿Ah, sí? ¡Allá es donde quiero mandar a este gato de moledera! —gritó dando un puntapié al felino que enarcó el lomo y maulló escapando hacia el pasadizo.

—¿Cuándo bautizarás a tu gato? ¿O piensas darle libertad por fin?

Mi interpelación pareció desconcertarla. Muequeó y un trío de arru-guillas paralelas afeó su frente. Sus ojos —dos rendijas azules— relampa-guearon mientras meditaba una respuesta aferrada a la galería.

—No necesita libertad ni menos un nombre —masculló bajando la mi-rada— ¿Para qué si es un pobre y triste animalucho que no hace mal a nadie?

Sacudió la cabeza con tal violencia que una de sus trenzas bailoteó deshaciéndose en espirales rojizas.

—¡Ay, señor Blondel, qué va a decir mi mamá, mire como he queda-do! —examinó su trenza con afectación comparándola con la otra que echó sobre sus hombros. Dirigió luego una mirada glacial al gato que es-piaba recostado contra la jamba de la puerta y agregó—: ¿Sería tan bue-no y ayudarme a sujetar este bendito pelo? Costó un mundo arreglarlo esta mañana. ¡Qué manera de regañar la de mi mamá!

—Tienes razón —comenté, conteniendo la marejada bermeja de sus ca-bellos con mis manos inhábiles—, pero tu compañero molesta un poco, parece nervioso... ¿no crees que deberías dejarlo irse en paz? Anoche fue a meterse a mi cama, vieras el susto que pasé.

—¡Un grandote como usted sintiendo miedo, qué risa! —exclamó, ale-jándose en persecución del animal por un sendero invadido de malezas.

Me agaché para recoger un durazno desprendido de una rama inclina-da y lo limpié contra la manga de mi camisa.

—¿Quieres probarlo, Selma? Está madurito.

Ella hablaba al oído a su gato, asegurado entre los brazos: —Oyeme, porfiado, tendrás que hacerme caso, si no lo pasarás muy mal en medio de esos ortigales. Ahora, quieras o no, irás a dormir una siesta.

Encarándome enseguida con sus ojos que trató vanamente de agran-dar, añadió moderando el tono de su voz destemplada: —He comido mu-

chos duraznos este verano, señor Blondel. Tantos, que me han caído mal al estómago. De todas maneras, gracias. Oiga, ¿por qué odia a mi gato? A todos los gatos que he tenido.

Mordí el durazno cuyo jugo regó mi barbilla: —No creas —objeté— me gustaba uno que jamás intruseó en mi dormitorio. Tampoco le habías puesto un nombre y desapareció de un día para otro, sin explicación, ¿recuerdas?

Ella encogió los hombros, restregó su cabello contra la naricilla salpicada de pecas y sonrió con un dejo mordaz, apoyada de nuevo en la baranda, siguiendo con la vista a su regalón acurrucado en la balaustrada.

Mi habitación está en el segundo piso. Es cuadrada y escueta y ello constituye una ventaja evidente: así logro tener mis bienes a mano. Dos ternos, uno negro, gris el otro; media docena de camisas remendadas no sé cuántas veces en puños y cuellos; unas botas invernales y un par de mocasines de cuero tan agrietado que tal no pueda usarlos esta primavera. Hay también un espejo que me refleja de cuerpo entero, un estante viniéndose abajo y que alberga unos libros rescatados de otras pensiones y, por último, arrinconada, la valija deforme que data de mi época estudiantil.

Acostumbro a permanecer acodado durante horas en el alféizar musgoso, justamente en la actitud que parecerá estólida a quienes puedan contemplarme desde la calle, por la que suben los ruidos en sordina de las maquinarias del molino, con sus poleas y cilindros infatigables y en cuyo patio se congregan desde el amanecer las carretas cargadas de sacos trigueros.

Pero el estío es efímero, por desgracia. La temporada de lluvia comienza en pleno otoño, dando apenas tiempo a secarse a la hojarasca volandera que navegará cual invisible bajel a través de la atmósfera opalina aromada de miel y de manzanas.

¿Por qué me obstino en abrir una y otra vez, muy despacio, la ventana de goznes rechinantes, herrumbrosos? El hálito matinal enfriará en segundos la habitación de la que deberé huir en cuanto comiencen a repicar con furia las campanas de las dos iglesias señalando el mediodía.

Selma habrá salido, barrunté y decidí entonces, cerrar también la puerta. Quizás doña Gertrudis la habría mandado a comprar azúcar al boliche aledaño o a preguntar en la oficina de Correos, frente a la plaza,

por una carta anunciada por don Ismael en la segunda postal.

Envidio la condición de viajero impenitente de don Ismael, quien habrá dado incontables veces la vuelta al mundo en naves mercantes, surcando mares bajo banderas extrañas; conocido islas exóticas donde soportó fiebres cuyos nombres aprendí gracias a las novelas de Salgari; hecho el amor a mujeres con las que necesitó usar solamente el lenguaje de señas y besos.

Ah, pero ya es tarde, me dije, para volcar la baraja de estos días que transcurren sin asunto, porque sí, lentos de días de un mazo imposible de alterar. Trata ahora de cerrar la ventana con sigilo de ladrón eximio, de una sola vez; echa doble llave a la puerta y sal a recorrer solitario, con las manos en los bolsillos, silbando, las calles tristes del villorio en el que por fin has anclado. Nada ganarás si tan solo intentas imitar el periplo del buen esposo que un día partió sin más equipaje que un biblia ajada y el atlas escolar en cuyas páginas su mujer deslizó un retrato de Selma.

Bajé la escalera y al cabo de un minuto estuve en el patio escaldado por el sol, el patio del molino donde los bueyes desenyugados de una carreta rezagada sumergían sus belfos en el abrevadero y un perro espulgaba su vientre con las patas traseras.

René es corpulento, de poderoso tórax y anchurosas espaldas. Su rostro es habitualmente huraño, aunque lo conozco tanto como para jurar que su trasfondo es, sin embargo, gentil.

Vive sus días dedicado a labores carpinteriles, oyendo tras suyo los sermones de su mujer —bajita y gordinflona, siempre inquieta y sonriente— la que aún no le ha dado un retoño, después de un lustro de matrimonio.

Mas René no lamenta su infortunio, sí ella que ha vaticinado por tres años seguidos el nacimiento de un vástago robusto y lozano como su progenitor. “Esta primavera será”, ha anunciado ayer y vuelto a proclamar hoy, causando la gran carcajada de René.

Mi amigo es también tallador ocasional de madera que día tras día convierte en sillas, mesas o marcos para ventanas. Así, suele labrar por encargo imágenes religiosas que han ido a decorar los muros de algunas casas respetables del pueblo. Sin embargo, alega con énfasis que el tallado no es su especialidad. A pesar de sus argumentaciones, me ha contado que cierta noche un visitante logró convencerlo de que accediese a grabar sobre un trozo de raulí la figura del hombre vestido a la usanza marinera,

cuya fotografía sepia dejó en sus manos la mujer antes de despedirse.

“Confío, maestro —le dijo— que será usted capaz de tallarlo y saldrá tal como es. Es posible que este esposo y padre ya no regrese de su último viaje, hace tiempo que nada sabemos de él, así que usted comprenderá por qué deseo tenerlo a mi lado, gracias a su buena voluntad. Ahora, dígame cuándo puedo volver”. —Quizás venga mañana. Ya lo tengo listo. Quedó bonito —me informó René y, garlopa en mano, preguntó enseguida al interior—: ¿No hay algo por ahí, Juana, para servir a mi amigo Blondel?.

Pretexté un trabajo urgente por terminar en la notaría, pero ella estuvo con nosotros en un santiamén portando un gran jarro de greda que fue a depositar sobre la mesa rústica en la que esperaba un plato lleno de pan y queso.

—Salud, niño.

René brindó alzando su vaso de vino oscuro.

Bebimos en silencio repetidas veces mirando las cabriolas de las llamas bosquejadas en los muros.

—Qué lástima que no pueda acompañarnos a cenar —expresó ella viéndome junto a la puerta.

—Volveré otro día. Tiene usted buena mano, señora —dije asido al pestillo.

—Claro, ven cuando quieras. Tendremos lisas asadas y el mismo vino. Un domingo sería ideal.

—cuanto antes mejor —intervino la esposa—. Luego comenzarán las lluvias...

Vendré un domingo —prometí.

Y choqué mi vaso con el de René.

Salvando zanjás de lecho seco y piedras cubiertas de musgo, elegí un atajo marginado de zarzamoras y, después de traspasar un puentecillo tambaleante, apresuré el paso abreviando así mi retorno al pueblo, cuyas primeras luces vacilaban bajo el cielo sin luna, mas dueño de algunas estrellas que se replegaban hacia el poniente, casi invisibles.

A pesar de mis prevenciones, no pude disimular el quejumbroso chirrido de la puerta de mi pieza ni la sonoridad de mis pasos, —cuyo eco inundó la casa— que cuidé de seguir marcándolos con suavidad, caminando de puntillas hasta la cama, consciente de que mis anfitrionas dormían en la habitación contigua.

Mientras aseguraba los postigos de la ventana miré afuera: no flotaba ninguna luciérnaga como en otras noches, durante las cuales no había encontrado solamente una, sino legiones de luciérnagas sobrevivientes del verano. Tampoco asomó un gato que intentara trepar por el muro hasta mi cuarto.

Volví al lecho aparentando indiferencia frente a las tiras de papel semejantes a serpentinas que alfombraban el piso. Ante los lápices rotos y mis escasos libros pisoteados.

“Mejor así”, pensé, tropezando con las cintas enroscadas. “Mejor así”, me repetí, “sin gatos ni luciérnagas y tan pocas estrellas allá arriba que bastarían los dedos de una mano para contarlas”.

Los gatos, además, pertenecerán siempre a Selma. Como este último hallado por ella debajo del puente de cimbra, desperezándose en la arena y que podría apostar a que terminará sus días, igual que sus predecesores, en el fondo de la noria, empujado por su protectora de trenzas colorinas, la niña que se atreve ya a firmar con una S desmesurada las cartas que yo escribo y seguiré escribiendo en mis noches solitarias a su padre, el navegante; las mismas que ella en vez de llevarlas al correo, tijeretea muerta de risa y reparte a lo largo del pasillo y por las habitaciones cuando estoy ausente, las mismas con las que juega el gato malcriado, pero tímido y aún sin nombre, al que espero encontrar al mediodía corriendo tras las mezquinas briznas del sol otoñal.



IVAN TEILLIER nació en Angol (Chile) en 1940.

OBRAS:

UNA RAMA VERDE (poesía, 1965)

EL PLANO SILVESTRE (1970)

MAÑANA EL VIENTO (1973)

DIAS DE SOL FRIO (1978)

EL ORDEN DE LOS FACTORES (poesía, 1981)

HEREDEROS DE LA LLUVIA (Cuentos, 1983)

DESPUES DE LOS RELAMPAGOS (Cuentos, 1985)



JORGE CAMPERO, que nació “a la orilla del agua/ nombre tenía olor a pez/ de podrido barro/ soberbio y orgulloso como el veneno/ o la leche del árbol tomé/ nació en el sur siempre al sur”*, en Tarija, Bolivia en 1954. Ha publicado: *PROMISCUAS* (1975), *A BOCA DE JARRO* (1977), *ARBOL EVENTUAL* (1983) y *SUMARIO COMUN SOBRE VIVOS* (1985).

Toda la santa noche la lluvia ha caído
sobre las tejas
que se escurren

(luz de foco de poste de esquina
inundando de amarillo nuestro cuarto)

Tras la ventana la distancia el paisaje
y mañana de mañana
mi hijita cumple siete años

El me la bendiga
(ciudad hermosa por la palabra lluvia lluvia lluvia)

Afuera el tiempo es tan malo
que tendremos que quedarnos en casa
sentados a la mesa
comiendo pasteles
entonando rondas y canciones
de un día que fue ayer
y el agua cantarínamente por las canaletas
y viajaremos a través de la ventana
a otros cielos
a otros parques
amada Maricela.

* Presentación tomada de su libro “Arbol Eventual”

Durante el año 1986 y lo que va corrido del 87, se han publicado diversos libros y revistas. A continuación presentamos aquellas publicaciones que han llegado hasta nuestra redacción durante este tiempo. La correspondencia destinada a aquellos autores cuyas direcciones no están explícitas en el recuento siguiente, puede ser enviada a SIGNOS DE LA POESIA, indicando el destinatario final.

En una reunión acontecida en el extrarradio de Estocolmo, fue presentado el número uno de **CRUZ DEL SUR**. Esta revista literaria es un esfuerzo del poeta chileno Harold Durand. ¡Felicitaciones! La dirección de la revista es Ediciones Manatí, c/o Harold Durand, Forv. 35 II Fittja, Suecia.

Desde Chile recibimos con alegría el primer número de **EL GATO SIN BOTAS**, que es una revista de cuentos! Dirigida por Ramón Díaz Eterović y Sonia González. La dirección es Casilla 304, Centro de Casillas, Santiago.

Otra revista literaria aparecida en Chile es **LA PATA DE LA LIEBRE**. Recibimos sus páginas de poesía con vivo interés. El Director de la revista es Aristóteles España, la dirección: al Director, a la Casilla 50207, Correo Central, Santiago.

CARACOL, colección de poesía infantil del autor Nelson Antonio Espinoza. Editado en Estocolmo, 1986.

LABIOS DE PAPEL, poemas de tres autores: Francisco Hernández, José Estay y Elías Morales. Editado por LIB, Latinoamérica Information Bildverkstad.

AFORISMOS Y POEMAS, del poeta chileno Sergio Canut de Bon. Editorial CELA, Box 4058, 163 04, Spanga, Suecia. Al autor se le escribe a la dirección: Hidingebacke 9 III, 163 65, Spanga, Suecia.

A CUATRO VOCES, del autor chileno Roberto Fariás. Editorial CELA, Box 4058, 163 04, Spanga, Suecia.

ASOMBROS DE LA NIEVE, del autor Uruguayo Roberto Mascaró. Editorial Siesta, 1986.

EXILIOS, poemas de Rubén Bobadilla e ilustraciones de Raúl Fuentes. El libro es a beneficio de los presos políticos en Chile y puede ser solicitado a Rubén a la dirección: Liegatan 13, 724 67 Västerås.



AGRADECIMIENTOS

Al poeta SERGIO INFANTE, por el trabajo prestado en torno al tema: Homenaje a Gabriela Mistral.

Al fotógrafo SANTIAGO CERDA, que con una selección de obras sobre el paisaje de Estocolmo, embellece estas páginas.

► *Correspondencia:* Revista SIGNOS
Vidargatan 47, 1
195 00 Märsta
SWEDEN

TRYCKERI: ANDETO
TRYCKORT: JÄRFÄLLA
TRYCKNINGSÅR 1987